

Sobre la desierta orilla del lago, sólo quedaban dos cuerpos inmóviles: uno muerto, era Bocardo. El otro, vivo, era Arroyo, destinado, según que su hora hubiese ó no sonado, á ser el pasto de los buitres, á expiar sus crímenes bajo el puñal de algún realista ó á excitar la piedad de algún insurgente.

La luna había desaparecido tras las colinas y se había apagado ya la vidriosa transparencia que su luz prestara, como un simulacro de vida, al cerro encantado. Sus rayos no se quebraban ya sobre las aguas del lago. El Monapostiac y el Ostuta habían recobrado, el uno, su aspecto sombrío y lúgubre, el otro su triste y melancólica tranquilidad: era la espantosa calma de la muerte en medio de la soledad.

## EPÍLOGO

La doble tarea de narrador y de historiador que nos habíamos impuesto, está próxima á terminar; y no nos queda sino muy poca cosa que agregar á nuestro relato para completarlo.

Ante todo, debemos hablar de la misión del capitán Lantejas; y á este efecto creemos que nada mejor podemos hacer que transportarnos á la época en que el buen canónigo de Tepic, don Lucas Alacuesta, nos contó sus aventuras. Prestaremos á su propia narración lo que se refiere al asunto que nos ocupa.

« A mi llegada á Oaxaca — me dijo don Lucas — adonde no pude penetrar sino después de correr gravísimos riesgos, me fui á casa de mi tío, quien había creído prudente dejar su hacienda de San Salvador é irse á la capital de la provincia en tanto que duraran las agitaciones que devoraban al país. Había notado en sus diversas conversaciones, cierta tendencia á criticar los actos del gobierno y me había parecido ver en él alguna simpatía por la causa de la insurrección. Me decidí entonces desde los primeros días, á franquearme con él, dándole á conocer mi posición con Morelos, lo mismo que la comisión de que me hallaba encargado. Pero ¡cuán torpemente me había equivocado! Apenas concluí de hablar cuando mi tío con los ojos inflamados de ira, pudiendo apenas contenerse y persigándose cual

si hubiese descubierto en mí los cuernos y los cascos de que habló el venerable obispo de Oaxaca, me ordenó desocupar inmediatamente su casa, lo mismo que el negro y el Indio que me habían acompañado. « ¿Y se cree Ud. tan dichoso, señor don Cornelio Lantejas — agregó golpeándome los hombros — que ligado por el cariño que tengo á mi hermano, no entregaré á la vindicta pública á su miserable hijo que deshonor nuestra casa? »

« — Tío mío — le dije — le suplico...

« — ¡Yo no tengo sobrino entre los enemigos del rey de España! » exclamó con tanta cólera que temí por un instante correr la misma suerte de Ochoa que, pidiendo gracia á su hermano Luciano en la batalla de Acuicho, recibió de él un golpe mortal acompañado de estas palabras: *¡No tengo hermano entre los insurgentes!*

« Tal fué el resultado de mi primera tentativa de enganche, que me enseñó á conocer mejor en lo de adelante, á las personas cerca de las cuales debía ejercer mi misión.

« Poco tiempo después, Oaxaca se hallaba en poder de Morelos, á quien esta última conquista hacía pacífico dominador de una inmensa y rica provincia, de toda la costa del sur y de casi toda la parte del territorio mexicano bañado por el Pacífico.

« La fortuna del ex-cura de Carácuaro había llegado á su apogeo. Los nombres de Morelos y de Galeana — continuó el buen canónigo con aire de profunda melancolía — resonaron hasta donde aquellos dos ilustres campeones de la independencia podían desear; pero no estaba lejos el momento en que los dos iban á desaparecer de la escena que tan gloriosamente habían llenado. Menos de seis meses después (1) la batalla de Puruarán fué la tumba de la gloria militar de Morelos; y algunos meses más tarde (2), asistí al último combate que sostuvo el intrépido Galeana.

(1) El 5 de enero de 1814.

(2) El 27 de junio de 1814.

« ¡ Ah ! ¡ Aquel fué un momento sublime ! Agobiado ya por la superioridad del número, pero blandiendo orgullosamente su lanza y lanzando al enemigo su terrible grito de guerra : « *¡ Aquí está Galeana !* » el mariscal se arrojó al galope y vió dos compañías abrirse ante el pecho de su caballo y dejarle paso. Durante un momento esperamos la victoria ; pero arrebatado por su ardor, don Hermenegildo, al volver á la carga, se golpeó la frente contra la rama de un árbol ; y de los dos robles que chocaron, el roble humano sucumbió. Vi al mariscal vacilar sobre su silla y caer ; catorce dragones lo rodearon, uno de los cuales descargó á boca de jarro su fusil sobre su robusto pecho. Mientras que con mano desfalleciente el mariscal intentaba sacar su espada de la vaina el dragón echó pie á tierra y le cortó la cabeza. La boca del héroe no proferiría más su grito victorioso de guerra ; y bien pronto vi aquella noble cabeza, pálida y sangrienta, en la punta de una pica como el más glorioso trofeo que el enemigo había conquistado para enviar al virrey.

« A veces hay singulares coincidencias en la vida del hombre — continuó don Lucas. — Galeana había nacido en Teipam ; pasó una parte de su vida en su hacienda del Zanjón ; fué de esta heredad de donde sacó el cañón *el niño* ; fué de allí de donde salió ignorado y fué en la batalla de Teipam en donde fué á morir lleno de renombre, él, que tan obscuro fuera cuatro años antes.

« Dios debía una recompensa á quien, siempre misericordioso, jamás hizo derramar una gota de sangre después de la victoria : por eso le envió una gloriosa muerte, casi dulce por lo rápida. Le otorgó también el consuelo de entrever en sus últimos instantes, los vagos contornos de los lugares que le vieron nacer.

« No estaba reservada á Morelos la misma suerte.

« Galeana, cuya lanza y cuya espada no habían herido sino en el campo de batalla, debía, cuando sonó su hora, terminar noblemente su vida y morir de la misma muerte que tantas veces diera él al enemigo.

« Morelos que por el contrario había abusado con tanta frecuencia del triunfo con respecto á sus prisioneros, debía á su vez conocer una después de otra, todas las angustias y todas las torturas que el vencedor sin piedad inflige al vencido.

« Prisionero él mismo después de Tesimaluca (1), fué arrastrado de prisión en prisión, con grillos en los pies, juzgado por el tribunal de la Inquisición y condenado como clérigo rebelde y disoluto, á ser pasado por las armas, después de ser degradado de sus sagradas órdenes. Escuchó su sentencia con calma; y ni un solo instante se desmintieron su bravura y su grandeza de alma. Pero su muerte física, si me es permitido expresarme así, fué más cruel que su muerte moral. Herido por cuatro balas, lanzó un grito horrible; se levantó para volver á caer; y sus miembros que golpeaban convulsivamente la tierra después de la segunda descarga, indicaban cuán dolorosa era su agonía y cuán terrible expiación le reservó Dios para su última hora. »

Y al pronunciar este juicio severo pero imparcial, el buen canónigo inclinó la cabeza cual si su corazón gimiera ante las confesiones que su conciencia le arrancaba al hablar de su querido general. Pero enderezándose en el acto sobre su asiento, exclamó con firme voz:

« Si cometió inútiles crueldades cuando la clemencia era tan fácil y nada le habría costado, si frecuentemente negó el perdón que se le pedía, rehusó también la vida que le ofreciera un amigo valeroso por no comprometer la de un carcelero y arrebatár á su familia sus medios de subsistencia. Un solo instante de debilidad suya, habría puesto en peligro las cabezas de más de mil personas: ¿no es todo eso una compensación? ¿Impiden las manchas de su carrera política y militar el considerarlo como el más grande de los jefes de la insurrección mexicana? »

La historia ha confirmado el juicio del canónigo.

(1) El 15 de noviembre de 1815.

Este último me dió á conocer también al terminar su narración, lo que le concernía personalmente.

Después de la muerte de sus dos jefes de quienes jamás había podido resolverse á separarse, dejó el servicio activo, sin acogerse sin embargo al indulto del gobierno español. Aprovechando con el nombre de *Alacuesta* que tomó definitivamente el asilo que le ofrecían, ya en una, ya en otra provincia los sucesores armados de Morelos, emprendió de nuevo sus estudios teológicos abandonados durante cerca de cinco años.

Después de muchas dificultades llegó á hacerse conferir las órdenes y gozaba al fin de un dulce retiro que tan bien se armonizaba con sus gustos por el estudio y la paz.

Costal soñaba siempre con el antiguo esplendor de sus antepasados. Y aunque hacía frecuentes excursiones, jamás abandonó á su viejo capitán, llegando á ser el huésped, el comensal, el amigo del buen canónigo.

En cuanto á Clara, más tarde se reunió al Zapoteca, su viejo compañero de aventuras. Sus aficiones de vagabundo le hicieron rehusar la hospitalidad que le ofrecía don Lucas, en cuya historia apenas figurara y quien le pagaba con creces su deuda atendiendo á sus más urgentes necesidades.

Don Rafael unido á la mujer á quien durante tanto tiempo había deseado, había llegado al colmo de su dicha. Su juramento de combatir sin tregua la insurrección mexicana, le obligaba á mantenerse en el servicio. El grado de general que obtuvo aunque tarde, era la recompensa muy merecida de su bravura y de su consagración á la causa realista. Su vida se había preservado en medio de los azares de la guerra, aquella vida que le habría sido tan doloroso perder ahora que podía por intervalos, como el marino después de largas y peligrosas navegaciones, ir á gozar en su hacienda del Valle los demasiado cortos instantes de felicidad que Gertrudis le reservaba.

Pocos días antes de la última derrota de Morelos,

Arroyo que desde hacía tanto tiempo gozaba de impunidad de sus crímenes, fué asesinado por uno de los bandidos de su guerrilla.

Se creyó aniquilada la insurrección. Desligado desde entonces de su juramento, el general Tres Villas dejó el servicio.

Pero la tranquilidad que casi por todas partes llevó el restablecimiento de la autoridad real, no era sino una engañosa apariencia : la insurrección por un instante reprimida, debía estallar de nuevo.

Morelos con sus numerosos éxitos había enseñado al pueblo mexicano á conocer su fuerza ; y fué sobre esta indestructible base que debía apoyarse más tarde la emancipación del país.

Tal ha sido este dique gigantesco (1) que la mano del hombre ha levantado en nuestros días en medio del océano para defender nuestras flotas contra el furor de las olas del mar : más de una vez, antes de surgir, ha sido derribado ó conmovido por la tempestad ; pero los bloques enormes de granito amontonados á todo costo para formar la base, han quedado incommovibles. Hábiles y atrevidos obreros toman de nuevo valerosamente el trabajo después de la tormenta : las olas están vencidas... y como si el fondo del abismo le vomitara, ¡el dique apareció de repente ! Bien pronto vióse erguirse orgullosa su cresta por encima de las aguas ; y desafiando en lo de adelante la ira del océano, se ríe de la onda impotente que ruge y se estrella contra sus flancos. ¡Tal aquella memorable revolución que, después de una lucha encarnizada y sangrienta, salpicada de éxitos y de reveses, arrancó al fin para siempre á la nación mexicana del dominio de España ; y libertó á los pueblos que habitan aquella vasta porción del continente americano en donde por tres siglos flotó orgullosamente el pabellón ibero !

(1) El dique de Cherburgo.

FIN

## ÍNDICE

VIDA Y OBRAS DE GABRIEL FERRY . . . . .	VII
---	-----

### INTRODUCCIÓN

El músico de la Sierra Madre . . . . .	1
--	---

### PRIMERA PARTE

#### EL DRAGÓN DE LA REINA

CAPÍTULO PRIMERO. Los dos viajeros . . . . .	17
CAP. II. El descendiente de los caciques . . . . .	32
CAP. III. El genio de la cascada . . . . .	48
CAP. IV. La inundación . . . . .	59
CAP. V. La hacienda de Las Palmas . . . . .	76
CAP. VI. Don Quijote y Sancho Panza . . . . .	93
CAP. VII. El amor en los Trópicos . . . . .	108
CAP. VIII. Haz lo que debes . . . . .	124

### SEGUNDA PARTE

#### EL FAROL DEL PUENTE DE HORNOS

CAPÍTULO PRIMERO. El cura de Carácuaro . . . . .	135
CAP. II. Donde el estudiante de Teología quiere marchar sobre Madrid . . . . .	146
CAP. III. Una expedición nocturna . . . . .	160
CAP. IV. La Guadalupe . . . . .	173